

En un automóvil fué llevado al Hospital Militar; al llegar, su estado inspiraba a los médicos que lo recibieron, gran cuidado. El esfuerzo que había hecho, que momentáneamente le hizo desaparecer todo dolor y la pérdida de la sangre, ponían su vida en grave riesgo. (3)

(3)—Los anteriores datos me fueron dados por un testigo presencial y están completamente de acuerdo con el parte oficial rendido a la Secretaría de Guerra.



CAPITULO XXXVII.

LA ULTIMA OVACION

El General García Peña, como he dicho más arriba, al recuperar el General Villar el Palacio, tomó su automóvil y se dirigió violentamente a Chapultepec, para dar cuenta al Presidente de la República de lo que había acontecido hasta su salida de Palacio. El señor Madero dispuso ir inmediatamente a la ciudad, acompañado de los alumnos de Colegio Militar y de algunas otras fuerzas, a las que se dieron órdenes por teléfono, de salir inmediatamente para Chapultepec.

Los alumnos del Colegio Militar aún no tomaban su desayuno, y estaban arreglándose para salir de paseo, por ser domingo, cuando recibieron la orden de armarse, municionarse y formar inmediatamente por compañías en el patio del Colegio. Una vez formados, les habló el Presidente de la República, diciéndoles que había ocurrido un motín militar en México, el que había sido ya sofocado, y que, como desgraciadamente, en él habían tomado participación los alumnos de la Escuela de Aspirantes, deseaba ir a la ciudad en medio del Colegio Militar, para que se viera que la juventud del Ejército era leal al Gobierno Constituido. Que como ya no había enemigo, pues el Comandante Militar había reducido al orden a los revoltosos, realmente iban a dar un paseo triunfal, del que quería participaran los alumnos

que se educaban en Chapultepec y en cuya lealtad tenía plena confianza. El Director del Colegio también dijo algunas palabras de encomio para los alumnos y de agradecimiento para el Presidente de la República que se entregaba a la lealtad del Colegio Militar, y montando el Presidente a caballo, salieron del Castillo rumbo a la Ciudad.

Al llegar al bosque, encontraron en formación de infantería y con armas, al Cuerpo de Bomberos, que se puso a la vanguardia de la columna; una compañía del Batallón de Seguridad y un escuadrón de la Gendarmería Montada, que había llegado poco antes, al mando del Inspector General de Policía, don Emiliano López Figueroa. El señor Madero se colocó en el centro, en medio del Colegio Militar, que iba mandado por su Director, el Teniente Coronel Víctor Hernández Covarrubias.

La marcha se hizo lentamente, tomando toda clase de precauciones durante el trayecto de la Calzada de la Reforma. Al pasar frente al Café Colón, se incorporó el General don Victoriano Huerta, poniéndose al lado del Presidente. Al llegar la comitiva a la estatua de Carlos IV, siguió por la Avenida Juárez, sin dejar de tomar las precauciones que el caso requería.

Cuando el Presidente y sus acompañantes llegaron frente a las obras del Teatro Nacional, se encontraron con los dispersos rebeldes que huían de la Plaza de Armas, y a quienes el Capitán José Tapia, había logrado medio organizar en la calle del Cinco de Mayo. Esta fuerza iba rumbo a la Ciudadela, con la mira de unirse al resto de la columna rebelde. Al avistarse ambas fuerzas, hubo algunos disparos, pero el Capitán Tapia violentamente retrocedió con sus soldados sobre el Correo,

y tomando la Avenida de los Hombres Ilustres, se unió en el Jardín de San Fernando con los Generales Félix Díaz y Mondragón. Mientras, desde las azoteas de los edificios de la calle del 5 de Mayo, se hicieron algunos disparos sobre el señor Madero. Uno de ellos mató al gendarme que estaba al lado del Presidente.

En el momento de los disparos hubo la natural confusión y los acompañantes del señor Madero lo obligaron a entrar en la Fotografía Daguerre, donde permaneció mientras el Colegio Militar y los Bomberos avanzaban hasta la Plaza de Armas, al mando del General Huerta. Quedaron custodiando al Presidente diez alumnos del Colegio Militar, a las órdenes del Sargento García Peña y un piquete de quince hombres de la Gendarmería montada, únicos que quedaban del escuadrón que había salido de Chapultepec. Los demás, habían desertado.

El grueso de la columna se dividió en tres grupos, tomando cada uno una de las tres grandes avenidas—5 de Mayo, San Francisco y 16 de Septiembre—que desembocan en la Plaza de Armas.

Al llegar a la esquina de la Profesa, comenzaron a ser tiroteados los bomberos y los del Batallón de Seguridad, sin que se hiciera fuego sobre el Colegio Militar. Los disparos eran hechos desde la azotea del edificio de La Mexicana (1) y desde las torres de la Catedral. Al ser heridos algunos individuos del Batallón de Seguridad, toda la compañía dió media vuelta, dispersándose por la Avenida Isabel la Católica: El Colegio quedó sin retaguardia.

(1)—Este edificio está situado en la esquina de las calles de San Francisco e Isabel la Católica, frente al Templo de la Profesa.

El General Mondragón y don Félix Díaz, al tener noticias, en la calle del licenciado Primo Verdad, de la muerte del General don Bernardo Reyes, con el resto de la tropa que había quedado a sus órdenes, en vez de reforzar el ataque, que no habrían podido repeler los defensores del Palacio, porque carecían de parque, se dirigieron a la Plazuela del Carmen y de allí, por las calles del Relox y las de Mina, hacia la Ciudadela, llegando a la calle de Rosales, cuando acababa de pasar por la esquina el Presidente de la República y las fuerzas que lo acompañaban.

Al desembocar los alumnos del Colegio Militar en la Plaza de Armas, hubo otra confusión que pudo haber sido de graves consecuencias, porque ni el jefe de la columna, ni el Director del Colegio, ni los oficiales que iban con los alumnos, supieron dar las órdenes conducentes o éstas fueron mal interpretadas. Los alumnos entraron en la Plaza al toque de "ataquen" y los defensores del Palacio Nacional, a quienes no se había advertido la llegada del Colegio Militar, creyeron que los que llegaban eran los señores Mondragón y Félix Díaz, y se aprestaron a repelerlos. Afortunadamente, uno de los sargentos del Colegio Militar, el alumno Padilla, comprendió lo que pasaba y dió orden al corneta de que tocara "cese el fuego" y la contraseña del Colegio Militar. Al oír en Palacio la contraseña, inmediatamente cesó el fuego; pero en el tiroteo, que había motivado el primer toque, murió uno de los oficiales del Colegio. A los alumnos nada les pasó, tomando abrigo inmediatamente tras de las columnas del Portal de Mercaderes y la Diputación, y así siguieron avanzando, hasta que de las fuerzas del Palacio se destacó un oficial con dos soldados a hacer un reconocimiento, avanzando ya sin tropiezo alguno.

Cuando llegaron frente al Palacio, se les colocó, formando un cordón, al rededor de los muertos que había tirados en el pavimento, mientras se levantaba el campo: se colocaron pelotones en las boca-calles y otros en la azotea del Palacio Municipal. Hecho esto, se avisó al señor Madero.

El Presidente volvió a montar a caballo y se dirigió al Palacio rodeado de gran cantidad de pueblo que lo aplaudía y vitoreaba. Aquella ovación sería la última. Su aspecto era radiante; iba en medio de gente del pueblo, al que siempre había querido halagar y del que siempre había recibido demostraciones de cariño. Algunos de sus Ministros que se le habían reunido en el trayecto, lo acompañaban a pie. Al salir de la Fotografía Daguerre, el General García Peña había dicho al Presidente: "Señor, como al General Villar lo han herido, con permiso de usted voy a nombrar Comandante Militar de la Plaza a Victoriano." El señor Madero, que no tenía ninguna simpatía por el General Huerta, y no sabía disimular sus impresiones, puso muy mala cara, y no respondió; pero el Ministro de la Guerra insistió, y el Presidente lo autorizó para que lo pusiera al frente de la columna. Cuando llegaron a Palacio, nuevamente pidió autorización para nombrarlo Comandante Militar, presentando al General Huerta a quien cariñosamente llevaba de un brazo, y agregó: "ya ve usted, ha sido el primer jefe que se le ha unido." El General Huerta entonces, dirigiéndose a la multitud, gritó: "Pueblo mexicano, viva el Presidente de la República." El señor Madero, con aire de disgusto, contestó al General García Peña: "Está bien, nómbrelo usted."

Instalado el Presidente en Palacio, después que pasaron los incidentes que he referido en el Capítu-

do anterior, el nuevo Comandante Militar ordenó que los alumnos del Colegio, fueran reconcentrados en la calle de la Acequia, frente al Cuartel de Zapadores. Sólo tres pelotones quedaron en el interior de Palacio, prestando servicios de guardia en algunas dependencias; pero al poco tiempo, fueron relevados por los rurales que llegaron de la Villa de Guadalupe y por los soldados del 20 que habían sido desarmados en la madrugada y a quienes se reorganizó rápidamente, bajo el mando de otros oficiales.

Los alumnos del Colegio Militar estuvieron hasta las seis de la tarde, sin probar bocado, sin descansar un momento y sin que su director pareciera preocuparse por buscarles alguna comodidad. (1)

Los vecinos de las calles de la Acequia y adyacentes, condolidos de los alumnos, comenzaron en la tarde, a llevarles qué comer. A las diez de la noche, el General Huerta ordenó que regresaran al Castillo de Chapultepec de donde ya, en conjunto, no volvieron a prestar ningún servicio durante la rebelión.

Cuando el señor Madero llegó a Palacio, acordó con sus ministros salir inmediatamente para Cuernavaca y reunirse a la columna que al mando del General Felipe Angeles hacía la campaña contra los zapatistas. Se juzgó sumamente expuesto que el Presidente quedara en la ciudad, cuando no había fuerzas suficientes para defenderla, si los rebeldes de la Ciudadela intentaban un

(1)—Cuando el pronunciamiento de la Ciudadela en 1871, el General Rocha, en el parte oficial que rindió, puso las siguientes frases: "Fué notable también el entusiasmo con que algunos alumnos del Colegio Militar, que andaban francos, se me presentaron pidiendo armas; pero yo los mandé a presentarse a Ud. en Palacio, por no creer conveniente que la sangre de esa preciosa juventud se derramase tan temprano."

ataque. A las 4 de la tarde, salió en unión de los ayudantes Garmendia y Montes y del empleado de su secretaría particular don Elías de los Ríos. Al día siguiente, a las siete de la noche, regresaron con la columna del General Angeles.

El domingo nueve, después de que el señor Madero llegó a Palacio, el Comandante Militar, General Huerta, mandó fusilar al General Gregorio Ruiz, a los dos oficiales del 20 Batallón que mandaban las guardias de Palacio la noche anterior, y a un aspirante, a quien se imputaba haber disparado su pistola esa madrugada sobre el Ministro de la Guerra. Las ejecuciones tuvieron lugar como a las doce y media, en el segundo patio del Palacio Nacional.

Minutos después, cerca de la una de la tarde, llegó al Palacio Nacional la noticia de que la Ciudadela estaba en poder de los revolucionarios y que el Mayor de Plaza, General Villarreal, había muerto defendiendo el punto. (1)

(1)—Los detalles de este Capítulo en su gran mayoría, me han sido proporcionados por alumnos del Colegio Militar, amigos míos.



CAPITULO XXXVIII.

LA CIUDADELA

El General Reyes encontró la muerte que él presentía, como he narrado más arriba. Sus nervios a ella lo arrojaron: con alguna prudencia, con mayor serenidad, el triunfo habría sido seguro, la Ciudad se habría evitado una decena trágica, en la que perecieron muchos inocentes, y el País la vergüenza de lo que ha sucedido después.

Al retirarse los Generales Félix Díaz y Mondragón, de la calle del Lic. Primo Verdad, al frente de las fuerzas sublevadas, se dirigieron, como también he expuesto, por las calles de Mina, hasta llegar a la de Rosales y de allí, al antiguo paseo de Bucareli, donde empezaron a formar su tropa, para saber cuál era el verdadero efectivo con que contaban; pero no obstante lo sucedido, tampoco tomaron ninguna precaución. Poco después, llegaron el Mayor Trías y don Enrique Zepeda; fueron ellos los que pusieron cierto orden en la columna y los que dirigieron el ataque sobre la Ciudadela. Se colocó un cañón en la Escuela de Comercio, y se distribuyó la fuerza en columnas, tomando por base la calle de Emilio Dondé.

El General Villarreal, obedeciendo las órdenes del Comandante Militar, en las primeras horas de la mañana se había presentado en la Ciudadela y había tomado

el mando del punto, a cargo hasta esos momentos del Brigadier Dávila.

Preparado el ataque desde la Calzada de Bucareli por las fuerzas del General Mondragón y don Félix Díaz, intimaron rendición a la Ciudadela, seguros de que lo haría inmediatamente, según compromiso que por conducto del Capitán Izunza, había contraído la fuerza que estaba de guarnición, y probablemente de acuerdo con el jefe, Brigadier Dávila. Pero la presencia del General Villarreal echaba por tierra los compromisos anteriores y en vez de una rendición inmediata, como estaba pactado, el Mayor de Plaza ordenó se aprestaran todos para hacer una defensa en forma. Al ver en la Ciudadela que los rebeldes emplazaban un cañón, comenzó un ligero tiroteo, que cesó a los pocos momentos, pues el General Villarreal, que era el obstáculo para la rendición, acababa de morir de un balazo que le dió uno de los oficiales comprometidos en el complot, y que en calidad de ayudante, prestaba sus servicios a su lado. La bandera blanca fué izada inmediatamente, y se procedió a las formalidades de la capitulación, entregándose prisionero el jefe del punto, Brigadier Rafael Dávila, con todos los elementos que estaban depositados en el edificio.

Los revolucionarios contaban con todo el parque de reserva que había en la Ciudad, con los cañones de los Regimientos primero, segundo y quinto que habían sacado en la madrugada de sus respectivos cuarteles, con excepción de uno que había quedado abandonado frente a Palacio, en la escaramuza de la mañana, y con sesenta ametralladoras perfectamente dotadas y la mayor parte de ellas completamente nuevas.

La muerte del General Villarreal, hacía inútil el ac-

to de heroísmo realizado por el General Lauro Villar y los subalternos que habían estado a su lado esa misma mañana. El Gobierno, con un poco de audacia por parte de los rebeldes, habría estado ese día en su poder; pero los señores Mondragón y Díaz no se movieron, se encerraron en una ratonera, dando tiempo para que se reuniera una columna fuerte, y el Gobierno se proveyera de cañones y parque, de los que ese día carecía por completo.

¡Sólo la traición podía salvarlos! La suerte les fué propicia, y en vez de ser aniquilados, después de diez días inolvidables para los habitantes de la Ciudad de México, salieron en apariencia triunfantes y llenos de regocijo. El Gobierno de Madero cayó; pero la revolución felicista, quedó frustrada. Sus propios padres la habían matado en su cuna. Los caudillos no habían tenido la audacia que se requiere en esta clase de empresas. La popularidad momentánea que rodea a todo el que aparece vencedor, tenía que esfumarse en breve plazo y el General Huerta, que había recibido el encargo de concluir con la rebelión acaudillada por don Félix Díaz, cumpliría su compromiso, sólo que iba a aniquilarla en provecho propio y con mengua del prestigio del Ejército Nacional.



CAPITULO XXIX

LA DECENA TRAGICA

Posesionados de la Ciudadela los rebeldes, el primer momento fué de expansión; pero el señor Trías y el Capitán Romero López, los llamaron a la vida real y procedieron a ordenar la gente. Como primera precaución, se apoderaron del Cuartel de los Guardias Presidenciales, con quienes no se contaba.

El Jefe de los Guardias Presidenciales, Capitán Blázquez, se encontraba en Veracruz, atendiendo a la salud de su esposa, y sabedores de esto los jefes de los rebeldes, pretendieron que el Escuadrón se les uniera; pero los Oficiales se negaron y se acordó que permanecieran neutrales. Al día siguiente, el General Mondragón derogó el acuerdo y dispuso que se incorporaran a los rebeldes; pero en la noche los oficiales, con casi todos los guardias, abandonaron el cuartel y fueron a Chapultepec a presentarse al Jefe del punto, con excepción de quince hombres y un Alférez, que obedeciendo la orden del señor Mondragón, se unieron a los rebeldes.

El Mayor Trías, una vez que colocó a los centinelas, pensó en el aprovisionamiento, y comenzaron a hacer llevar provisiones de boca, tomándolas de los almacenes de comestibles que existen en las calles Anchas. El Coronel Ignacio Muñoz, que se presentó a poco, fué designado para mandar la línea de Bucareli, establecien-

do su Cuartel General en una casa de la calle Tolsa. El Capitán Tapia, que había caído frente a Palacio por haber muerto el caballo que montaba, y había logrado incorporarse a don Félix Díaz en la calle de Rosales, fué designado para posesionarse del edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes, tomando el mando del punto. Otro oficial, el Capitán Landero, fué comisionado para mandar la avanzada que estaba sobre la Calzada de la Piedad. Allí fué muerto este valiente oficial, quien creyendo que la temeridad es valor, se negó a tomar precauciones que defendieran un poco su vida.

El Capitán Escoto y el Teniente Vázquez, fueron comisionados para mandar la avanzada sobre la Cárcel de Belem, la que quedó en poder de los rebeldes esa misma tarde; pero al día siguiente, el señor Olvera, jefe de la prisión, cambió de idea y mandó decir a la Comandancia Militar, que estaba a las órdenes del Gobierno. Al saber esto los rebeldes dieron un plazo perentorio para que resolviera el jefe del presidio si se unía a ellos o permanecía en el bando contrario. Vencido el plazo, se abrió el fuego sobre la Cárcel destruyendo parte de ella, y por allí se fugaron multitud de presos: doscientos fueron llevados a la Ciudadela, ocupándoseles en llenar las cartucheras de las ametralladoras.

Al instalarse los servicios dentro de la Ciudadela, comenzó a fungir como Secretario de don Félix Díaz el licenciado don Fidencio Hernández. Don Félix Díaz se instaló con el General Mondragón y dos hijos de este señor, en una pieza, al Sureste del edificio.

El lunes diez de Febrero, como a las diez de la mañana, salió el General don Félix Díaz de la Ciudadela,

(1) acompañado de don Enrique Zepeda y don Celso Acosta, para ir a la dulcería del Globo, donde debían conferenciar con un enviado de don Victoriano Huerta, Comandante Militar de la Plaza. Detrás del automóvil de don Félix Díaz, iban, custodiándolo, en otro, don Román Rodríguez Peña y tres personas más.

En el Globo, hablaron por breves minutos el Coronel Guasque, enviado por don Victoriano Huerta, y don Félix Díaz, regresando éste a la Ciudadela. Ese mismo día se presentó el Teniente Coronel Antonio Monter, jefe de uno de los Regimientos de Artillería, quien desertando de su cuartel, llegó al campo rebelde.

En la Ciudadela, no obstante los esfuerzos del señor Trías, el desorden era espantoso. Si el Gobierno hubiera podido destacar sobre ella una fuerza, por pequeña que ésta hubiera sido, habría caído inmediatamente. El señor Monter comenzó a ordenar los servicios, habiéndosele nombrado Jefe de ellos: El, en unión de los señores Trías y Romero López, fueron el alma de la defensa.

A raíz de los sucesos circularon muchas versiones, entre ellas, la de la excelente puntería del General Mondragón. Todas ellas son falsas: El señor Mondragón no hizo ni un solo disparo, ni salió del recinto del edificio para nada.

El señor Monter colocó un cañón en cada esquina de la Ciudadela, designando a los que debían servir las piezas: personalmente apuntó el cañón que estaba en la contra-esquina de la Cárcel de Belem, para hacer fuego sobre el Palacio Nacional, y esos disparos fueron los que llegaron a la Puerta Mariana. Después, acompañan-

(1)—Este detalle lo he tenido por los señores Enrique Zepeda y don Román Rodríguez Peña, quienes como se verá por el relato, acompañaron a don Félix Díaz a la entrevista.

do a don Félix Díaz, avanzó hasta las calles Anchas, para colocar las avanzadas que allí se establecieron, y se posesionó de la Comisaría de la Sexta Demarcación. Este edificio fué motivo de algunos encuentros entre los federales y los rebeldes durante la decena trágica, quedando al fin en poder de las fuerzas del Gobierno al mando del Brigadier Celso Vega.

El Mayor Emiliano López Figueroa, pretextando que quería acordar con los rebeldes se le entregaran los gendarmes que estaban con ellos, pues tenía que cuidar debidamente la Ciudad, se presentó el día 10 en la Ciudadela. El señor Figueroa había entrado solo en el edificio, lo había recorrido casi todo, y subido a las azoteas sin que nadie le marcara el alto, ni supieran decirle donde estaba don Félix Díaz. Por fin lo encontró y enterado el Jefe de los rebeldes de la pretensión del Inspector General de Policía, se le negó terminantemente el permiso, diciéndole que ya habían tomado participación en la lucha y que no podía considerarseles como neutrales y por último, que el Gobierno viera como cuidaba la Ciudad. Ya se retiraba el señor López Figueroa cuando uno de los presentes hizo notar al Gral. Mondragón que era imperdonable dejar salir al Inspector Gral. de Policía, que había recorrido toda la fortaleza, había observado la situación de los rebeldes y cuyos informes podían dar por resultado un ataque con grandes probabilidades de éxito para las fuerzas del Gobierno. Ante la observación, don Félix Díaz ordenó que el señor López Figueroa quedara arrestado, pero el General Mondragón pretendía entonces fusilarlo como espía. Se le hizo notar que si era un error dejarlo salir, sería mayor el fusilarlo, pues en primer lugar, se había presentado como parlamentario, y en segundo su ejecución podría

motivar que el Gobierno tomara represalias, quizá hasta con las familias de los que estaban allí.

Prisionero el señor López Figueroa, se le trató de tal manera y su prisión fué tan poco rigurosa, que muchas personas creyeron que solamente se había jugado una comedia y que el Inspector de Policía había buscado un modo decoroso de no pelear contra sus antiguos compañeros de colegio. (1)

Esa noche, el Gobierno mandó cortar la luz de todo el rumbo, pero los teléfonos siguieron funcionando y los rebeldes pudieron tener constantemente noticias exactas de lo que pasaba en el resto de la Ciudad. (2) El martes 11 de Febrero, los generales Victoriano Huerta, Comandante de las fuerzas defensoras del Gobierno y don Félix Díaz, tuvieron una conferencia en la calle de Nápoles, en la casa del Ingeniero Enrique Zepeda, y en ella quedó convenido entre ambos jefes, el derrumbe del Gobierno del señor Madero. El General Huerta se reservó fijar el momento preciso en que aprehendería al Presidente pues, según dijo, necesitaba antes saber con qué parte de la fuerza que estaba a sus órdenes podía contar, para dar el golpe sobre seguro.

Terminada la conferencia, comenzó el cerco de la Ciudadela. El mando de la línea de la Alameda se enco-

(1)—Tanto el señor López Figueroa como don Félix Díaz, pertenecían a la Asociación del Colegio Militar.

(2)—Como dato curioso mencionaré el caso de una señorita de la mejor sociedad, cuyo novio estaba en la Ciudadela y con quien hablaba por teléfono varias veces al día, habiendo recibido en la fortaleza la noticia del lugar exacto en que el General Angeles había colocado sus cañones, por conducto de ella. Hay que hacer un justo elogio de las señoritas encargadas del servicio telefónico de la Compañía Mexicana, que en esos días trabajaron sin descanso y con toda eficacia.

mendó al General José Delgado, quien al mismo tiempo fungía como segundo en jefe. El de las calles del Ayuntamiento, fué dado al Brigadier Celso Vega; el de la Calzada de la Piedad al General Felipe Mier y más tarde al teniente Coronel de Artillería Catarino Cruz. El del Paseo de la Reforma se encomendó al Brigadier Felipe Angeles, quien acompañando al señor Madero, había llegado de Cuernavaca el día 10 en la noche. El de las calles de San Diego, se le dió al Brigadier Gustavo Maass y al Castillo de Chapultepec se envió al Contra Almirante Angel Ortiz Monasterio, quien a los dos días fué sustituido por el General Joaquín Beltrán. El ataque por el Parque de Ingenieros, fué encomendado al Coronel Ocaranza, quien se posesionó de él el mismo día que recibió el mando de la línea. Al Coronel Francisco Romero, Presidente de la Cámara de Diputados, que llevó un batallón de voluntarios formado en el Estado de Hidalgo, se le encomendó la línea del 5 de Mayo hasta San Felipe Neri, que protegía directamente el Palacio Nacional.

Como no había el número suficiente de oficiales de Artillería para el servicio de las piezas que el Gobierno había hecho llevar de todos los puntos más próximos, pues la mayor parte de los facultativos estaban en la Ciudadela, con objeto de tener oficialidad apta, se hizo un llamamiento a los alumnos del Colegio Militar que ya habían cursado la materia, para que los que quisieran servir, salieran en calidad de Tenientes de Artillería, a las filas, sin perjuicio de seguir sus estudios cuando fueran vencidos los rebeldes. Veinte alumnos salieron inmediatamente y otros veinte quedaron inscriptos para hacerlo en cuanto se les ordenara. Los primeros fueron destinados a la batería que se colocó en los llanos que cir-

eundan la Ciudad por el lado de San Antonio Abad y cuya vigilancia estaba encomendada al Teniente Coronel Gamboa.

Así dispuestas las fuerzas, y reforzadas diariamente las líneas con las tropas que constantemente llegaban a la Ciudad, pues a todos los Jefes Militares que tenían comunicación expedita se les ordenó que acudieran con el mayor contingente posible en auxilio del Gobierno, quedó establecido el sitio, que, según los técnicos, debió haber dado por resultado la caída de la fortaleza a las pocas horas.

El General Huerta, al iniciar lo que él llamó el ataque a la Ciudadela, dispuso el martes 11 en la mañana, que uno de los cuerpos rurales que había llegado a la Ciudad para defender al Gobierno y que se había distinguido por su adhesión al señor Madero, mandado por el Coronel Castillo, avanzara al trote largo por la calle de Balderas, hasta entrar en la Ciudadela.

El Coronel Castillo, al recibir la orden, estimó que aquello era una locura y dispuso que el ayudante del Cuerpo fuera a ver al Jefe de la Plaza para que éste le repitiera el mandato. Al regresar el ayudante con la orden, tal como se le había transmitido en un principio, el Coronel Castillo formó su Regimiento y poniéndose a la cabeza de él, avanzó como se le había ordenado y tan correctamente como si se tratara de una formación. Al llegar a la esquina de Balderas y Morelos, las ametralladoras, que desde lo alto del edificio y en las ventanas de la Asociación Cristiana de Jóvenes, tenían los felicitistas abrieron el fuego sobre los dragones, que quedaron hechos pedazos y regados hasta cerca de las puertas de la Ciudadela. Los caballos que no murieron, arrojaron

ron a sus ginetes y corrieron despavoridos por las calles del Ayuntamiento hasta San Felipe Neri.

El Regimiento había sido destruido; al frente de él había muerto su Jefe, víctima de la disciplina militar, dejando con su sangre testimonio de una de las infamias más horripilantes que se cometieron en esos días. El Coronel Castillo, tuvo la conciencia de que se le mandaba a la muerte, y consumó su sacrificio sin decir una palabra, sin murmurar una queja. Si el autor de esa orden tuviera una conciencia semejante, no podría dormir en paz, el recuerdo de aquellas víctimas de su perversidad, le habría matado.

El General Angeles tenía establecida su batería en la estación de "La Colonia," y aún cuando pretendió moverla a punto más adecuado, no le fué posible, ante las exigencias del Embajador Lane Wilson, que no quería ser perturbado con el ruido que hacían las piezas, ni exponer el edificio donde residía, a recibir algunas balas en respuesta de los disparos que se hicieran desde la Ciudadela.

Desde la estación de "La Colonia" empezó a hacer fuego sobre la Ciudadela el General Angeles; pero artillero competente, notó desde luego el poco efecto de los proyectiles que se disparaban, y entonces personalmente apuntó los cañones, con muy escaso éxito. Se dijo que los oficiales de artillería que estaban a las órdenes de dicho General, habían descompuesto intencionalmente las miras de las piezas, de acuerdo con los rebeldes y que a ello se debía el mal éxito, cosa que sorprendió a todos, pues el mencionado jefe, no sólo en México, sino en Francia, estaba acreditado como excelente artillero. Sea lo que fuere, lo sucedido fué, que pocos proyectiles llegaron donde estaban los pronunciados, y los que les

llegaron, casi no les hicieron daño. Como esta batería y uno que otro disparo al comenzar el ataque, de la que estaba al mando del General Maass en San Diego, fueron realmente las únicas que hicieron fuego sobre la Ciudadela, ello explica el escaso número de bajas que tuvieron los felicitistas; en cambio, la Ciudad resintió los estragos de una lucha que en realidad fué una farsa y que resultaba infame, pues si bien es cierto que hubo pocas bajas entre los combatientes, en cambio perecieron muchos ajenos a la lucha y las pérdidas materiales fueron enormes.

El General Angeles desplegó gran energía y fué por su línea donde mejor se conservó la incomunicación con los rebeldes a quienes ayudaban gran número de personas que no estaban en la Ciudadela. A unos jóvenes, de buenas familias, a quienes sorprendió como espías de los revolucionarios, los mandó fusilar inmediatamente, logrando de esta manera impedir por su parte, que los espías de la Ciudadela entraran en su campamento.

Estos actos de indispensable energía en situaciones como la que tenía el General Angeles, fueron la base para el proceso que se inició contra él y que motivó su prisión al caer el Gobierno de Madero. Al fin nada se le hizo; fué puesto en libertad ordenándosele saliera inmediatamente para el extranjero, con una comisión del orden militar. (1)

Desde el martes once, en que el General Huerta aparentó que comenzaba el ataque, hubo disparos intermitentes, pero verdaderos asaltos a la fortaleza, ninguno. Como que los dos jefes, el que mandaba las fuerzas del

(1)—Posteriormente, el General Angeles abandonó Europa y se ha incorporado a las fuerzas constitucionalistas, que han ganado un elemento serio y de valer.

Gobierno, y el que estaba al frente de los rebeldes, se habían puesto de acuerdo en el punto esencial, esto es, en la caída del señor Madero; pero el Gobierno seguía otorgando su confianza al General Huerta, no obstante que un militar como el General García Peña, por medianamente instruido que se le suponga, debió haber comprendido que ni había un ataque serio, ni la menor intención de vencer a los rebeldes; cosa que en los últimos días era palpable para cualquier observador aún cuando no tuviera conocimientos militares de ninguna especie.

Así pudo el General Huerta, al amparo de tanta ineptitud, prepararse la manera de alcanzar el Poder que ambicionaba, burlando a un tiempo al Gobierno que había puesto en él su confianza y a los rebeldes que con increíble inocencia, habían expuesto sus vidas y sus intereses sin sospechar que él los aprovecharía como escalón. (1)

(1)—Todos los hechos referidos en este Capítulo, me fueron relatados directamente por oficiales y particulares que estuvieron en la Ciudadela.



CAPITULO XL.

LA ACCION DE LOS SENADORES

El Embajador Lane Wilson, como había hecho en los últimos días del Gobierno del General Díaz, propalaba por cuantos medios podía, que su Gobierno estaba cansado de presenciar impasible lo que en México sucedía, indicando que era inminente la intervención armada, fantasma que había jugado ante el licenciado Limantour, para arrancar al General Díaz la renuncia a la Presidencia de la República.

Las mismas amenazas se repitieron con el señor Lascurain y temiendo el Gobierno que realmente las palabras de Mr. Lane Wilson reflejaran el pensamiento definitivo del Gobierno Americano, el Ministro de Relaciones Exteriores, por orden del Presidente Madero, convocó a los senadores a una reunión que debían tener en el local de la Cámara de Diputados. Concurrieron el viernes 14 de Febrero, doce miembros de la Cámara de Senadores a la casa del señor Camacho, y en reunión informal, pues no tenían el número suficiente para el quorum que requiere el Reglamento del Senado, se citó a nueva junta para el siguiente día en la mañana, a la que asistieron veintisiete Senadores. En ella el señor Lascurain hizo mención de las relaciones con los Estados Unidos, dando cuenta de que eran muy delicadas y que el Gobierno temía que de un momento a otro des-